



www.loqueleo.santillana.com

© 2016, Andrés Guerrero

Ilustraciones de Ana Guerrero

© De esta edición:

2016, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-169-2

Depósito legal: M-40.362-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: febrero de 2016

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

La chica que patina y el tonto que la quiere

Andrés Guerrero

Ilustraciones de Mike

loqueleg

«La única que se ha dado cuenta soy yo:
Gustavo tiene un sol entre los ojos».
Elsa Bornemann, *No somos irrompibles*

*Este libro es para Miguel Gómez, para África Windsor
y para Elizabet Fanger.
Porque ellos existen, como existimos nosotros.
Y para Elsa Bornemann, allá donde esté.*

Primera historia

El tonto soy yo.

Y estoy enamorado de la chica que patina.

Y ni siquiera sé quién es.

Yo soy Miguel.

La chica que patina es guapísima. Es negrita, solo un poco, como el café con leche. Tiene el pelo ensortijado con miles de caracolillos negros y recogido con trencitas de colores.

No sé cómo se llama, y parece más alta que yo. Puede que sea por los patines.

Siempre la he visto subida en ellos, y solo la veo los sábados.

Porque los sábados trabajo.

Tengo quince años y voy al instituto, pero los sábados por la mañana tengo un trabajo: paseo a Turquesa.

Turquesa es la perra de una amiga de mi madre, la señora Fanger. La señora Fanger es mayor y Tur-

quesa es una perra husky, que son esos perros tan bonitos que tiran de los trineos y que, aunque sean mayores, necesitan hacer mucho ejercicio. Tiene un ojo de cada color: uno marrón y otro azul. Azul turquesa. Por eso el nombre. Supongo, ¿no?

12 La verdad es que nunca lo pregunté. Es como si a mí me llamaran «pelopincho» o «lentito». Tengo el pelo duro y tieso, como un cepillo. Y, probablemente, soy la persona más lenta del mundo.

Cada sábado por la mañana me hago doce estaciones de metro, desde casa hasta el Retiro. La señora Fanger vive cerca del Retiro, en una antigua casona señorial rodeada de un pequeño pero abarrotado jardín, colapsado de adelfas, lilas y mimosas, y donde, a la sombra de una frondosa higuera, reina un enano de escayola. No es que yo sea un entendido en plantas, sé estos nombres porque la señora Fanger cada sábado me cuenta cuándo sembró y cuándo florecerá cada planta de su jardín.

Nunca he sabido muy bien de dónde proviene la amistad de mi madre con la señora Fanger, supongo que no es extraño que a lo largo de la vida las personas hagan amistades inexplicables, o al menos difíciles de imaginar, ¿no?

No sé, pero esta amistad siempre me pareció extraña, no se parece al resto de los amigos de mis padres. Y mi madre, por respuesta, siempre dice lo mismo: «Una vieja amiga de la familia».

La señora Fanger es millonaria, o al menos a mí me lo parece.

Si la comparo con mi familia, lo parece.

Nosotros, mi familia, vivimos en Carabanchel, un barrio de Madrid que sigue siendo barrio barrio. Aunque mis padres dicen que ha cambiado mucho y por las pocas fotos que tenemos de cuando mis hermanos mayores y yo éramos pequeños, sí que es verdad que ha cambiado.

A estas alturas supongo que os estaréis haciendo algunas preguntas, o lo mismo os habéis aburrido de escucharme y estoy hablando solo.

Por si es lo primero, os diré las preguntas que me hice yo cuando mi madre me «ofreció» el trabajo:

¿Por qué una persona tan lenta como yo aceptaría pasear a un perro así, que necesita tanto ejercicio? Y..., ¿por qué una persona tan mayor como la señora Fanger, que apenas puede caminar por su jardín, tiene un perro que necesita hacer tanto ejercicio?

A la primera pregunta podría contestar que «por dinero», pero no, no es por eso, aunque la señora Fanger me paga generosamente. Es porque mi madre me lo pidió, porque dice que su amiga necesita que la ayudemos y que así, de paso, aprendo lo que es tener una obligación aparte de estudiar. La respuesta a la segunda pregunta es bastante más triste.

La señora Fanger tenía una hija, y Turquesa era suya. La hija de la señora Fanger era deportista y aficionada a la montaña. Era ella quien se ocupaba de Turquesa y quien se la llevaba por ahí: al bosque, a la nieve...

Murió en un accidente de coche. Turquesa se salvó, pero quedó malherida. La señora Fanger cuidó de ella como si lo estuviera haciendo de su propia hija. Aquello sucedió bastantes años atrás.

Eso me contó mi madre.

Turquesa se recuperó bastante bien, pero, si te fijas, cuando corre cojea un poco de una de sus patas traseras, la izquierda.

Por eso cuando paseo con Turquesa por el Retiro me siento bien. No sé cómo explicarlo, pero me siento bien.

Yo me canso solo con ver a la gente hacer deporte, y el Retiro es el mejor lugar para cansarse en directo.

15

Digo «en directo» porque lo más cansado del mundo es ver en televisión a los ciclistas en el Tour de Francia o en la Vuelta a España.

¡Cinco o seis horas en bici!

¡Qué agotamiento! Lo que tiene que hacer esa pobre gente para vivir.

Jamás tendría un trabajo así.

Cada sábado «llueva, nieve, haga frío o calor», como el viejo lema del Pony-Express, el paseo de Coches del Retiro se llena de todo tipo de personas sudadas y en continuo movimiento: ciclistas, patinadores, corredores —algunos incluso con el perro—, grupos haciendo taichí —aunque estos sudan menos— y cualquier otra manifestación deportiva-sudorosa-saludable que puedas imaginar.

Esta hiperactividad conlleva una amalgama de edades, razas, formas y colores; niños, niñas, jóvenes, mayores, más mayores; gordos, flacos, altos, bajos... Y toda la infinidad de combinaciones posibles entre ellos: niño gordo rubio en patines, niña alta morena en bicicleta, hombre alto gordo castaño caminando, mujer mayor bajita delgada corriendo... Así hasta el infinito total.

Yo, como ya dije, posiblemente sea la persona más lenta del mundo. Cuando camino por la calle me doy cuenta de que todo quisqui me adelanta. Quizás sea porque camino sin prisa, o que, por lo general, no tengo prisa por llegar a los sitios.

Y de gimnasia... la justita para aprobar en el insti; un suficiente me es suficiente. Un sobresaliente sería un exceso innecesario. Así que, los sábados, si no fuera por la chica que patina y el cariño que les tengo a Turquesa y a la señora Fanger, serían para mí más una tortura que un trabajo.

Recuerdo el primer día que la vi. Fue el sábado en el que los sábados dejaron de ser *simples*sábados y pasaron a ser *maravillosos*sábados.

Llevaba unas mallas negras y una sudadera rosa, el pelo recogido con trenzas de colores y una bonita sonrisa que dejaba ver unos dientes blancos como las nubes de primavera. Me fijé en ella cuando hizo un trompo cerca de mí. Casi se cae; bueno, en realidad no, solo perdió un poco el equilibrio y lo corrigió rápidamente a la vez que sonreía como diciendo «¡ufff...!». Porque eso fue lo que dije yo sentado en «mi banco» desde donde la observaba.

17

Cuando yo dije «¡ufff...!» no fue por el trompo, no, fue porque me pareció la chica más guapa del mundo.

Desde aquel día, cada sábado, «llueva, nieve, haga frío o calor», paso por el mismo sitio y a la misma hora. Y siempre, siempre, siempre, aparece la chica que patina. Y siempre viste igual: las mismas mallas negras y la misma sudadera rosa y, cuando hace frío, se pone una cazadora de color morado, o violeta, que nunca supe distinguir bien un color del otro.